

Saša
Stanišić

LOS ORÍGENES

Traducido del alemán por Belén Santana

Título original: *Herkunft*

Diseño de colección: Estudio de Pep Carrió

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



HERKUNFT by Saša Stanišić

© 2019, Luchterhand Literaturverlag, a division of
Verlagsgruppe Random House GmbH, München,
Germany

www.randomhouse.de

Derechos negociados a través de Ute Körner Literary
Agent – www.uklitag.com

© de la traducción: Belén Santana, 2020

© AdN Alianza de Novelas (Alianza Editorial, S. A.)
Madrid, 2020

Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15
28027 Madrid

www.AdNovelas.com

ISBN: 978-84-1362-080-0

Depósito legal: M. 26.502-2020

Printed in Spain

La abuela y la niña

La abuela ha visto a una niña en la calle. Desde el balcón le grita que no tenga miedo, que enseguida baja a buscarla. ¡No te muevas!

La abuela baja los tres pisos, solo lleva puestas unas medias, y tarda, tarda bastante, las rodillas, el pulmón, la cadera, pero cuando llega adonde estaba la niña, esta se ha marchado. Entonces la llama, llama a la niña.

Los coches frenan, sortean a mi abuela, que solo calza unas medias negras finas, en una calle que en su día llevó el nombre de Josip Broz Tito y hoy lleva el de la niña desaparecida, que resuena como un eco. «¡Kristina!», grita mi abuela, grita su propio nombre: «¡Kristina!».

Es el 7 de marzo de 2018 en Višegrad, Bosnia y Herzegovina. La abuela tiene ochenta y siete años y once años.

A la atención de la Oficina de Extranjería

Nací el 7 de marzo de 1978 en Višegrad, a orillas del Drina. Los días previos a mi nacimiento había llovido sin parar. Marzo es el mes más detestable en Višegrad, lloriqueante y peligroso. En las montañas la nieve se derrite, las orillas se ven desbordadas por los ríos. También mi Drina está nervioso. Media ciudad está inundada.

Marzo de 1978 no fue distinto. Cuando comenzaron las contracciones de mi madre, una fuerte tormenta bramaba sobre la ciudad. El viento combaba las ventanas del paritorio, destartalaba los sentimientos y, en mitad de una contracción, para colmo cayó un rayo, así que todos pensaron: «Ajá, esto es, ya viene el demonio al mundo». A mí no me molestó, está bien que la gente te tenga un poco de miedo antes de que todo empiece.

Claro que esto no dio a mi madre buenas sensaciones precisamente en lo que al transcurso del parto se refería, y como la matrona tampoco estaba conforme con la situación —la palabra clave fue «complicaciones»—, mandó llamar a la médico de guardia. Esta, como yo ahora mismo, no quiso alargar la historia innecesariamente. Tal vez baste con decir que las complicaciones se simplificaron con ayuda de una ventosa.

Treinta años después, en marzo de 2008, para obtener la nacionalidad alemana tuve que entregar en la Oficina de Extranjería, entre otros documentos, un currículum manuscrito. ¡Menudo estrés! Al primer intento no conseguí poner nada por escrito, excepto que había nacido el 7 de marzo de 1978. Me sentía como si después de aquello no hubiese ocurrido nada más, como si la corriente del Drina hubiese arrastrado consigo mi biografía.

A los alemanes les encantan las tablas, así que hice una. También introduje unos cuantos datos y fechas —«Escuela primaria en Višegrad», «Filología Eslava en Heidelberg»—, pero me sentía como si aquello no tuviese nada que ver conmigo. Sabía que los datos eran correctos, pero no podía dejarlos tal cual. Una vida como aquella no era de fiar.

Volví a empezar. Apunté de nuevo mi fecha de nacimiento y conté lo mucho que llovía y que mi abuela Kristina, la madre de mi padre, fue quien me puso el nombre. También fue ella quien más se ocupó de mí durante mis primeros años de vida, ya que mis padres o bien estudiaban (mi madre) o bien trabajaban (mi padre). Mi abuela pertenecía a la mafia —eso fue lo que conté a las autoridades—, y en la mafia se dedica mucho tiempo a los niños. Yo vivía con ella y con mi abuelo, pero los fines de semana me iba a casa de mis padres.

Esto fue lo que conté a las autoridades: mi abuelo Pero, comunista de corazón y de carné, solía llevarme de paseo con sus camaradas. Cuando hablaban de política, cosa que hacían siempre, yo me quedaba dormido a la primera. A los cuatro años ya participaba en la conversación.

Decidí borrar lo de la mafia, nunca se sabe.

En su lugar puse: «Mi abuela siempre me amenazaba con un rodillo de amasar. Nunca llegó a atizarme, pero todavía hoy tengo ciertas reservas hacia los rodillos y, por extensión, hacia cualquier tipo de producto amasado».

Escribí: «La abuela tenía un diente de oro».

Escribí: «Yo también quería tener un diente de oro, así que un día cogí un rotulador amarillo y me pinté un colmillo».

Escribí a la Oficina de Extranjería: «Religión: ninguna». Y que prácticamente me había criado entre paganos. Que mi abuelo Pero decía que la Iglesia era el mayor pecado cometido por el hombre desde que la Iglesia inventó el pecado.

Mi abuelo era de un pueblo donde se venera a san Jorge, Jorge, el que mató al dragón. Mejor dicho —al menos así me lo pareció entonces—, más bien veneran al dragón. Los dragones comenzaron a visitarme pronto. Mis familiares los llevaban al cuello en forma de colgante; eran un motivo habitual en los bordados que se traían como obsequio y el abuelo tenía un tío que tallaba pequeños dragones en cera para luego venderlos como velas en el mercado. La verdad es que quedaba muy bien cuando se prendía el pábilo y parecía que el bicho estuviese escupiendo un fuegucillo.

Cuando fui casi lo bastante mayor, el abuelo me enseñó un libro con imágenes. Lo que más me gustó fueron los dragones del Lejano Oriente. Eran terroríficos, pero tenían muchos colores y parecían divertidos. Los dragones eslavos solo daban miedo. Incluso los que en teoría eran buenos y no tenían interés en devastar nada ni en secuestrar a ninguna doncella. Tenían tres cabezas, dientes enormes, cosas así.

Escribí a la Oficina de Extranjería: «El hospital donde nací ya no existe». «¡La de penicilina que me pincharon en el culo!», escribí, pero luego lo borré. No era cuestión de escandalizar a una administrativa acaso remilgada con semejante vocabulario, así que cambié «culo» por «trasero». Pero también me pareció mal, así que eliminé toda esa información.

Por mi décimo cumpleaños, el río Rzav me regaló la destrucción del puente que había en nuestro barrio, el Mahala, que significa «arrabal». Desde la orilla observé cómo, duran-

te la primavera que reinaba en las montañas, el afluente del Drina fue erosionando el puente hasta que este dijo: «Está bien, llévame contigo».

Escribí: No hay relato biográfico sin actividad de ocio infantil que se precie. Escribí en letras mayúsculas y en el centro de la página:

VIAJES EN TRINEO

El recorrido estrella comenzaba en lo alto de la colina Grad, allí donde en la Edad Media hubo una torre que vigilaba el valle, y concluía tras una curva cerrada, justo antes del precipicio. Me acuerdo de Huso. Huso subía lentamente la colina con su viejo trineo, casi sin aliento, riéndose, y también nosotros, los niños, reíamos, nos reíamos de él porque estaba flaco, tenía agujeros en las botas y muchas mellas en la dentadura. Un loco, pensaba yo entonces; hoy creo que, sencillamente, Huso vivía al margen del consenso. Dónde dormir, cómo vestir, con cuánta claridad pronunciar las palabras y en qué estado conservar la dentadura. Él no lo afrontaba como la mayoría. En realidad, Huso no era más que un borrachín en paro, alguien que no había frenado antes de llegar al precipicio. Tal vez porque no lo habíamos avisado de que venía la última curva. Tal vez porque, a fuerza de empinar el codo, se había quedado sin reflejos. Huso gritó y acudimos a toda prisa, pero resultó ser un grito de euforia: estaba sentado en su trineo, que se había quedado atascado en el sotobosque, a media ladera.

«¡Vamos, Huso! —exclamamos—. ¡No te rindas!». Alentado por nuestros gritos y sobre todo porque, en su situación, era más fácil llegar abajo que volver a subir, Huso logró salir de los matorrales y bajar lo que restaba de ladera a toda velocidad. Fue increíble, nos quedamos en éxtasis, pero en 1992

a Huso le dispararon cuando estaba en su chamizo situado a orillas del Drina, una casa hecha con cartones y tablas, no lejos de la torre de vigilancia, allí donde —tal y como recogen las antiguas epopeyas y según a quién preguntes— el príncipe Marko, héroe serbio, encontró refugio cuando huía de los otomanos, o cuando el héroe bosniaco Đerzelez Alija cruzó el Drina sobre su yegua árabe alada. Huso sobrevivió, desapareció y ya nunca regresó. Jamás nadie ha conseguido dominar el recorrido estrella como él.

Escribí una historia que comenzaba así: *Cuando me preguntan qué significa para mí el concepto alemán de Heimat, referido a eso que cada persona considera su tierra, hablo del Dr. Heimat, el padre de mi primer empaste.*

Escribí a la Oficina de Extranjería: soy yugoslavo, un «yugo», pero nunca he robado nada en Alemania, excepto un par de libros en la Feria de Frankfurt. En Heidelberg, una vez me metí en una piscina con una canoa. Luego borré las dos cosas, porque a lo mejor eran delito y no habían prescrito.

Escribí: *Esta es la lista de cosas que tenía.*

El partido, la guerra y yo, 1991

Esta es la lista de cosas que tenía:

Padre y madre.

A la abuela Kristina, madre de mi padre, que siempre sabía lo que yo necesitaba en cada momento. Si me traía la chaquetita tejida por ella era porque estaba pasando verdadero frío. A mí simplemente me costaba reconocerlo. ¿A qué niño le gusta que su abuela tenga siempre razón?

A *nená* Mejrema, es decir, mi otra abuela, la madre de mi madre, que me leía el futuro en las alubias. Las lanzaba sobre la alfombra y las alubias arrojaban imágenes de una vida aún no vivida. Una vez, la abuela vaticinó que una mujer mayor se enamoraría de mí o que perdería todos los dientes, las alubias no fueron del todo claras al respecto.

Miedo a las alubias.

Tenía un abuelo bien afeitado, el padre de mi madre, al que le gustaba ir a pescar y ser amable con todo el mundo.

A Yugoslavia. Pero por poco tiempo. El socialismo estaba cansado; el nacionalismo, despierto. Banderas —cada uno la suya— ondeando al viento, y en las mentes una pregunta: «¿Tú qué eres?».

Sentimientos curiosos por mi profesora de inglés.

Una vez me invitó a su casa, aunque todavía hoy sigo sin saber por qué. Allí fui, emocionado, como cuando empieza la primavera. Comimos pastel de profesora de inglés casero y tomamos té. Era el primer té de mi vida, por lo que me sentí increíblemente adulto, pero hice como si llevara años tomándolo y hasta logré pronunciar la típica frase de experto: «No me gusta cuando está muy negro».

Tenía un Commodore 64. Los juegos de deportes eran mis favoritos: *Summer Games*, *International Karate Plus*, *International Football*.

Un montón de libros. En 1991 descubrí un nuevo género: *Elige tu propia aventura*. Como lector, tú mismo decides cómo sigue la historia:

Exclamas: «¡Aparta de mi camino, engendro del demonio, o te corto las venas!». Pasa a la página 319.

Y tenía mi propio equipo de fútbol: Crvena Zvezda, el Estrella Roja de Belgrado. A finales de los ochenta ganamos tres veces la liga en cinco años. En 1991 llegamos a cuartos de final de la Liga de Campeones contra el Dinamo de Dresde. Los partidos importantes congregaban en nuestro Maracaná de Belgrado a cientos de miles de aficionados, de los cuales al menos cincuenta mil eran unos fanáticos. Siempre ardía algo, siempre cantaban al unísono.

Solía llevar al colegio mi bufanda rojiblanca (también en verano) mientras forjaba planes de futuro que habrían de aproximarme al equipo. Como la posibilidad de convertirme en futbolista y que el Estrella Roja me fichara por 100 000 000 000 000 de dinares (la inflación) me parecía un poco remota, decidí ser fisioterapeuta, el utillero encargado de los balones o hasta el propio balón, todo con tal de pertenecer al Estrella Roja.

No me perdía una sola retransmisión de los partidos por la radio ni un solo resumen en televisión. Cuando cumplí los trece, pedí que me regalaran un abono.

Nena Mejrema consultó las alubias y dijo: «Te regalarán una bicicleta».

Entonces le pregunté que por qué iban a saber eso las alubias.

Nena Mejrema volvió a echar un puñado y me dijo muy seria: «No salgas de casa el día de tu cumpleaños». Después se levantó, tiró las alubias por la ventana, se lavó las manos y se acostó.

No había ninguna posibilidad real de que mi deseo se cumpliera, para empezar, porque Belgrado estaba a escasos doscientos cincuenta kilómetros. Pese a todo, el hijo único que llevaba dentro especuló con que mis padres decidieran mudarse a la capital por mí.

El 6 de marzo, el Estrella Roja arrolló al Dinamo de Dresde en el partido de ida, 3-0. Mi padre y yo lo vimos por televisión, ya después del primer tanto nos quedamos los dos afónicos. Tras el pitido final, mi padre me llevó aparte y me dijo que, si el equipo se clasificaba, intentaría conseguirnos unas entradas para la semifinal. Ese «nos» incluía a mi madre, quien se limitó a darse unos golpecitos con el índice en la sien.

El partido de vuelta, celebrado en Dresde, se tuvo que suspender por culpa de los disturbios cuando iban 1-2 y acabó contando como 0-3 a nuestro favor. En el sorteo de semifinales nos tocó el Bayern, que ya por entonces era teóricamente imbatible. Mi padre y yo volvimos a ver juntos el partido de ida por televisión. En el descanso informaron de unas revueltas ocurridas en Eslovenia y Croacia. Había habido disparos. El Estrella Roja disparó dos goles; los bávaros, uno.

Esto va así: el país donde nací ya no existe. Mientras ese país existió, me consideré yugoslavo. Igual que mis padres,

que procedían de una familia serbia (la de mi padre) y de otra bosniaco-musulmana (la de mi madre). Yo era hijo de un Estado multiétnico, producto y fruto del reconocimiento de dos personas que se atraían mutuamente, a las que el crisol de culturas yugoslavo había liberado de las ataduras impuestas por un origen y una religión diferentes.

Es importante saber que el hijo de un padre polaco y una madre macedonia también podía declararse yugoslavo, siempre y cuando la autodeterminación y el grupo sanguíneo fuesen más importantes para él que la determinación por voluntad ajena y la sangre.

El 24 de abril de 1991 mi padre y yo viajamos a Belgrado para asistir al partido de vuelta. Saqué la bufanda rojiblanca por la ventanilla, porque eso era lo que hacía un verdadero aficionado cuando salía en televisión. Cuando llegamos al estadio, la bufanda estaba hecha un asco. De eso nadie te advierte.

El 27 de junio de 1991 tuvieron lugar las primeras acciones bélicas en Eslovenia. La república alpina declaró su independencia de Yugoslavia. Se sucedieron escaramuzas en Croacia, terror en Croacia y la declaración de independencia de Croacia.

El 24 de abril de 1991, el defensa serbio Siniša Mihajlović adelantó al Estrella Roja con un gol de falta precedido de una acción contra Dejan Savićević, un virtuoso del balón originario de Montenegro. Los gritos de júbilo proferidos por ochenta mil gargantas fueron ensordecedores; aquello resultaba inquietante. Hoy diría que sirvieron para descargar rabia, violencia reprimida y miedos existenciales. Pero no fue así. Todo eso era lo que más tarde descargarían las armas. Lo que allí se expresó fue una sola cosa: el júbilo provocado por un gol importante.

Los aficionados encendieron bengalas, un humo rojo fue ascendiendo por las gradas, me subí la bufanda. Todo el mun-

do vitoreaba a nuestro alrededor, eran casi todo hombres, tipos jóvenes, peinados ochenteros, colillas, puños.

Prosinečki no paraba de marear a los bávaros en el medio campo, su melena rubia parecía un pequeño sol que asomaba y se ponía sobre el césped, a menos que el adversario pudiera evitarlo. Era yugoslavo, como yo, de madre serbia y padre croata. Aquellos pantalones cortos, ajustados a la cintura. Aquellas piernas blancuzcas.

Refik Šabanadžović se dedicaba a cerrar espacios atrás, era un bosnio incómodo, robusto, pero rápido. Mi jugador preferido estaba tan pancho al borde del área contraria, como amodorrado: era Darko Pančev, más conocido como la Cobra. Este delantero macedonio, autor del gol en la ida, corría por el campo ligeramente encorvado y con los hombros encogidos, como si ese día en concreto no se sintiera del todo bien. Tenía las piernas más torcidas del universo, me habría encantado tenerlas así.

¡Vaya equipazo! En los Balcanes jamás habrá otro igual. Tras la caída de Yugoslavia surgieron nuevas ligas en cada país, formadas por equipos más débiles; hoy, los mejores jugadores se marchan al extranjero ya de jovencitos.

Los bávaros igualaron el marcador a mitad del segundo tiempo. Augenthaler disparó una falta y el balón se escurrió entre las manos de Stojanović. Belodedić, el central rumano (perteneciente a la minoría serbia), consolaba a su capitán, que estaba tirado en el césped.

Mi padre, ese hombre que rara vez alzaba la voz, se puso a gritar, se quejó, maldijo, y yo lo imité, imité el ataque de ira de mi padre; me pregunto dónde estaba mi propia ira, puede que no existiera porque todos a mi alrededor tenían de sobra, o porque yo sabía que todo acabaría bien. Y justo cuando iba a decir eso mismo a mi padre —que todo acabaría bien—, los bávaros tomaron la delantera.

Mi padre se vino abajo.

Casi al año exacto, mi padre me preguntó muy sereno qué objetos consideraba tan importantes como para no hacer un viaje largo sin ellos. Con lo de viaje largo se refería a la huida de nuestra ciudad, ocupada por unos soldados borrachos que cantaban sus típicas canciones, como si animaran a un equipo de fútbol. Lo primero que me vino a la cabeza fue la bufanda rojiblanca. Sabía que había cosas más importantes, pero me la llevé de todos modos.

«No te preocupes, todo irá bien», dijo mi padre.

Si el marcador hubiera quedado 1-2, habría habido prórroga. Es probable que los bávaros hubiesen tenido mejores piernas y mejores ideas para llegar a la final. Y es probable que todo hubiera sido diferente, que la guerra no hubiera llegado a Bosnia y tampoco yo a escribir este texto.

No vi el 2-2. En ese momento —corría el minuto 90—, todos se pusieron en pie, el estadio entero, puede que hasta el país entero se uniera por última vez por una misma causa. Logré seguir el ataque decisivo hasta el mismo instante en que el balón, desviado por Augenthaler, inició su trayectoria hacia la portería, pero entonces los tipos que teníamos delante se movieron, los de al lado también, toda la grada se desplazó hacia la derecha, hacia arriba, sentí cómo me empujaban, por un momento perdí el equilibrio y el balón de vista.

¿Cuántas veces habré visto ese gol repetido? Cien como mínimo. Hasta que cada detalle quedó perfectamente grabado en mi memoria, como aquello que uno asocia solo a un gran amor o a una gran desgracia. Augenthaler corre a defender el flanco y toca el balón, con tan mala suerte que este describe una parábola perfecta y aterriza en propia puerta.

Esta es la lista de cosas que tenía:

Una infancia en una ciudad pequeña, a orillas del Drina.

Una colección de reflectores que había ido desatornillando de las matrículas de los coches. Esa fue la única vez que mis padres me pegaron.

Una abuela experta en el alfabeto de las alubias que me aconsejó que confiara en las palabras toda la vida, lo cual no garantizaba que todo saliera bien, pero al menos haría que algunas cosas fueran más soportables. O en los metales preciosos. Las alubias no habían querido mojarse al respecto.

Tenía dos periquitos: Krele (azul claro) y Fifica (no me acuerdo del color).

Un hámster llamado Indiana Jones, al que en los últimos días de su muy corta vida di una cucharadita de Andol en polvo (era lo que yo tomaba para el dolor de cabeza) y leí en voz alta relatos de Ivo Andrić.

Dolores de cabeza frecuentes.

Un viaje improbable con mi padre para ver un partido improbable de un equipo improbable que, una vez superada esa fase en Belgrado, ganaría la competición y que después no olvidaría jamás.

Una guerra inconcebible.

Una profesora de inglés a la que nunca dije hasta la vista y a la que ya no veré.

Una bufanda rojiblanca que, tras el partido de Belgrado, no quise volver a lavar, aunque después acabó en la lavadora. Hoy el Estrella Roja es un equipo con muchos aficionados violentos, de extrema derecha. En aquella época me llevé la bufanda a Alemania, ya no sé dónde está.